



artículo

Prodigios de la lectura

Por Paulina Merino
(paulina.merino@caq.edu.ec)

“Debo crear un sistema o ser esclavizado por el de otro hombre. No razonaré ni compararé: mi asunto es crear”.
William Blake.

Leer es escribir. Y escribir es desatar la vida vibrante del lenguaje. ¿Cómo escribo al leer? Roland Barthes decía que los libros que nos fascinan hacen que, de cuando en cuando, levantemos la cabeza para pensar, recordar o asociar nuestras vivencias con aquello que estamos leyendo (Barthes, 1987). Todo lo producido en esos lapsos sería una escritura, un nuevo tejido verbal: la creación de un texto. Aquello de la cabeza que se distancia por momentos de la página del libro elegido es, claro, una figura expresiva.

Levantemos o no la cabeza, pausemos o no para cavilar, nuestra lectura es un constante proceso de interpretación, de asociación, de rememoración personal e íntima. En la lectura, la retina recorre las grafías, captura los sentidos y, a la par, engendra otros: unos sentidos y unas formas propias. Leer es entonces participar de la palabra del otro, seguir su estela y su llamado; pero, a la vez, es afirmarse a uno mismo en el regocijo, consciente o no, de crear.

En el plano psicológico, la lectura nos liga a la comunidad humana, a sus discursos y a su orden, al tiempo que abre el flujo del deseo individual. Es libertad y liberación verdaderas, porque pone en una posición sana al individuo

en relación con la sociedad. Lo contrario son los cada vez más frecuentes y proliferantes estados depresivos que afectan hoy a los niños y a los jóvenes. La ansiedad generalizada, las fobias y las variadas formas de angustia existencial contemporánea vienen de un conflicto doloroso con el Otro; ese Otro que, para Jacques Lacan, no es un mero congénere, sino “un lugar de despliegue de la palabra” (Roudinesco, 2011).

Si seguimos este hallazgo del psicoanálisis, diríamos que el dolor psíquico que vemos manifestarse de forma creciente y alarmante entre nuestros estudiantes es, sobre todo, una aflicción de la palabra, un desfallecer de la capacidad de escritura. El antídoto: la lectura, la literatura, que, según afirma Julia Kristeva, insufla de vida a la psique, la anima, en un movimiento jubiloso análogo al del enamoramiento (Lechte, 1990).

Hoy en día todo es consumo. Todo. También nosotros. Más allá de las ilusiones de libre elección y de control que nos genera el poder comprar cosas y experiencias, realmente no entra en juego *un sujeto que consume*. Subjetividad sin cimientos, queda únicamente un consumidor consumido. Un espacio inerte, con el deseo apa-

gado, sin palabra propia, nueva, recreada; espacio sin escritura. Desierto en el que yacen dictámenes absurdos sobre lo que es una vida valiosa: una vida que adquiere sentido por las mercancías a las que accedemos y por el éxito que alcanzamos al ofrecernos a nosotros mismos como mercancía.

¿Qué puede imposibilitar más el alumbramiento de un sujeto, de un ser que se reescribe a sí mismo continuamente, en un ejercicio tanto de autonomía como de conexión con el mundo, que esta letal posición de instrumento de una implacable máquina que devora la poesía de lo humano? Por fortuna, frente a la indefensión y el sinsentido en que nos deja esta sociedad de consumidores consumidos, la lectura logra la prodigiosa operación de integrarnos a la corriente simbólica de la colectividad humana, a la vez que nos da la fortaleza y la posibilidad de una eclosión gozosa de la personalidad, a través de su naturaleza amorosa y creativa.

Referencias

- Barthes, R. (1987). *El susurro del lenguaje*. Paidós Ibérica.
- Lechte, J. (1990). *Julia Kristeva*. Routledge.
- Roudinesco, E. (2011). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.